

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 389

25 Cts.



**¡Cuidado
con las rubias!**

por
Dorothy Revier
Roy D'Arcy

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración { Teléfono 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 389

¡Cuidado con las rubias!

Intrigante comedia, interpretada por

DOROTHY REVIER,

ROY D'ARCY,

MAT MOORE, etc.



PRODUCCION COLUMBIA

Príncipe Films, S. L.^{da}

Aldamar, 7 y 9 - SAN SEBASTIÁN

Aragón, 249 - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de

MARY DUNCAN

¡Cuidado con las rubias!

Argumento de la Película

De noche. Las calles aparecían solitarias. Era la hora de la reunión de las familias en torno a la mesa, para compensar al cuerpo, con alimento, de la labor del día.

Las cosas se adormecían, arrulladas por el silencio que de un modo dulce, suave, melancólico, había substituído al rumoroso oleaje de actividad humana.

Era la hora preferida por los amantes del tranquilo hogar, de los que, entregados de la mañana al atardecer a sus ocupaciones, esperan anhelantes el bendito instante de olvidar la prosa de la vida sintiendo sobre su pecho a sus endiablados hijitos, que tan orgullosos se muestran de su papaito.

Es entonces cuando uno por uno los niños reclaman y consiguen que sea papá y nadie más quien los desnude y los acueste, rezando con él la oración que los hará ser favoritos de Dios.

Era, en fin, la hora predilecta de los sedientos de expansión después de contentar al descontentadizo estómago.

¡Hora maga, hora buena, hora sublime!

Para Jorge Blake era, aquella como todas las horas, de tráabajo.

Porque Jorge era un caso excepcional de empleado.

Prestaba sus servicios en una joyería, cuyo propietario era el señor John B. Netherland, y lo mismo servía como burócrata que como dependiente de mostrador.

Por sus peregrinas dotes de trabajador fué nombrado secretario del señor Netherland; y para producir el máximo que le fuera posible, se había voluntariamente impuesto un doble turno de trabajo.

No era, pues, extraño verle abandonar el último la joyería—una de las más importantes de la ciudad—y volver a ella seguidamente después de haber cenado frugalmente en una modesta pensión.

Como no tenía a nadie en la capital, y no era partidario de amistades circunstanciales, no encontraba distracción en ningún otro sitio que en su despacho, ordenando con meticulosidad enfermiza los asuntos a él confiados.

Habiéndose captado la confianza toda de su principal, tenía las llaves de la joyería como el mismo dueño; por lo que entraba en ella a su mayor comodidad, a cualquier hora.

El vigilante nocturno del establecimiento le tenía en gran aprecio por su carácter altamente democrático, y cada vez que Jorge iba a terminar algún trabajo por la noche, platicaban juntos un rato, haciéndose libremente confidencias, el vigilante de su vida de casado, y el soltero de su monótono vivir.

Aquella noche—la noche del comienzo de esta narración—Jorge se dirigía hacia la joyería para ultimar un trabajo urgente.

Acababa de cenar y apenas hubo sorbido el fondo de su acostumbrada taza de té, abandonó la pensión, encendió un cigarrillo, y, con paso lento, con vistas a una fácil digestión, encaminóse a la oficina.

Cuando estuvo cerca de la misma, se detuvo, para encender otro cigarrillo, y alguien, un desconocido, que estaba de guardia junto a la puerta del establecimiento, dió aviso de peligro a otros ilustres personajes que se hallaban en el interior, trabajando por su cuenta; pero no le oyeron y, mientras el de guardia se eclipsaba, Jorge entró en la tienda por la puerta del despacho.

Lejos estaba de suponer que dos ladrones estaban tratando de abrir la caja de caudales.

Pronto se dió cuenta de ello y, dando prueba de pasmosa serenidad y valor, arrastróse, sin hacer el más leve ruido, hasta la mesa del teléfono y avisó a la policía.

Esta no tardó en acudir, y al verla, el caco

de guardia dió un nuevo aviso a sus compinches, sin sospechar que Jorge había entrado en el establecimiento, y los que operaban en la caja se apresuraron a buscar una salida salvadora.

Pero Jorge no estaba allí como simple espectador, sino como fiel defensor de los intereses de su jefe, y exponiéndose a lo peor salió de su escondite y encañonó con un revólver a los malhechores, teniéndoles a raya hasta que llegó la policía.

El sinvergüenza que estaba de guardia pudo escapar, pero no los otros dos, a quienes Jorge entregó a la policía.

Inmediatamente, prestáronse auxilios al vigilante del establecimiento que yacía desvanecido en tierra, y como la policía no conocía a Jorge, el vigilante les tranquilizó respecto de su personalidad.

—Sí, conozco al señor—dijo—. Es uno de los empleados de categoría de este establecimiento.

—Lo supusimos—respondió el cabo de los policías—, pero, cumpliendo estrictamente nuestro deber...

—Lo comprendo —terció Jorge—, aunque, afortunadamente, creo que mi rostro no se parece en nada al de esos canallas...

—Le felicitamos, señor... Gracias a usted hemos podido detener a estos granujas, quienes, avisados por el compinche que desapareció

apenas nos vislumbró, hubieran hecho lo mismo antes de que llegáramos aquí.

—Cumplí con mi deber, señores... Cualquiera hubiese hecho lo mismo en mi lugar.

—No sea usted tan modesto...

—No admito elogios, pues hice lo que debía.

Los guardias se llevaron a los amigos de lo ajeno, y Jorge, como si el acto realizado no tuviera la menor importancia, regresó a la pensión, después de comprobar que el vigilante de la joyería se encontraba bien para continuar la guardia de aquella noche; y se acostó, quedando dormido a los pocos momentos de prestarse a ello.

* * *

Al día siguiente, el acto de Jorge fué comentado por los jefes de la casa y los principales accionistas.

Todos se hacían lenguas del valor del noble empleado, y convinieron en ofrecerle una merecida recompensa.

Cada uno de los socios de la casa tuvo a mucho honor estrechar la mano de Jorge, y, finalmente, el señor Netherland, cogiéndolo por su cuenta, le habló de esta suerte:

—Para recompensar su lealtad le voy a conceder unas vacaciones combinadas con el negocio.

—No quiero nada, señor, y preferiría que no me hablasen ustedes más de este asunto.

—Ya sé que no le da usted la menor importancia a su bello gesto, pero como el deber de un subalterno es obedecer a su superior, le "exijo" acepte sin discusión el premio que he creído debía concederle, no para pagar su acción, sino como prueba de mi gratitud.

—Si insiste usted, señor...

—No voy a cometer la necesidad de ofrecerle dinero, porque no ignoro que le hubiese enojado y que me lo habría usted rechazado rotundamente...

—Gracias por las consideraciones, señor...

—He decidido encargarle de la misión de entregar la esmeralda "Makaroff" a nuestro agente en Honolulu.

—Agradecido, señor...

—La misión es muy delicada, pues no ignora usted que esa esmeralda tiene un fabuloso precio; pero es usted el hombre más indicado para llevarla a cabo.

—Por mi parte...

—No hablemos más... Estamos completamente de acuerdo... Y ahora, antes de marcharse, el inspector general de nuestro trust, que acaba de llegar, le hará algunas advertencias.

El señor Netherland presentó a Jorge al aludido inspector, y, luego, dijo a otro empleado:

—Haga lo necesario para que mi secretario pueda salir esta tarde.

El empleado tomó nota de encargar un paseo para Jorge hasta Honolulu, pero no perdió de vista a ninguno de los socios de la casa, atento a descubrir algo que parecía interesante mucho...

Aquel hombre, cuyo rostro era repulsivo, era un cómplice de la banda que mandara la víspera a los ladrones que fracasaron en su propósito de abrir la caja de la joyería...

El agente del trust decía, en tanto, a Jorge:

—Por su gran valor, la esmeralda "Makaroff", cuya custodia hasta Honolulu le ha sido merecidamente confiada, ha tenido siempre, como una mujer bonita, muchos pretendientes.

—Por supuesto, señor inspector...

—Muchos han sido los que han tratado de apoderarse de tan preciada joya, pero ni la más peligrosa ladrona de joyas, llamada "la rubia María", ha podido apoderarse de ella, pues todas las precauciones para esconderla nos han parecido siempre pocas. No se fíe usted de nadie. ¡Cuidado con las rubias!

—Tendré en cuenta su consejo, señor inspector...

El señor Netherland volvió a llamar a Jorge, y mostrándole la esmeralda, encerrada en la

tapá de un encendedor fabricado exprofeso, para que nadie pudiera sospechar que en aquel chisme se ocultaba la fortuna representada por la joya, le dijo:

—Vaya ahora a su casa, prepare su equipaje para embarcar esta tarde, y cuando se disponga a ir al muelle, pase a recoger la esmeralda.

—Bien, señor...

El empleado afiliado a la banda de malhechores que intentaron robar la caja de acero del establecimiento, habíase puesto ya en comunicación con el jefe, Burney Costigan, el más pertinaz pretendiente de la apetitosa esmeralda, y cabecilla de una asociación internacional de ladrones de joyas.

Enterado de que Jorge había sido designado para la entrega de la esmeralda en Honolulu, dictó inmediatamente órdenes, y dijo a "El Dandy", su brazo derecho y cuyas dos únicas pasiones eran: conquistar a las mujeres y apoderarse de lo ajeno:

—Viajecito en puerta para ti, "Dandy". El secretario de Netherland sale esta tarde con la esmeralda hacia Honolulu.

—El viaje me parece, además de esmeralda, de perlas, Costigan.

Entre los ladrones que se hallaban en el despacho del jefe contábase el que, la víspera, estaba de guardia a la puerta de la joyería de Netherland, y que logró escapar.

Costigan le ordenó:

—Acompañarás al “Dandy”. Ve a ponerte el eterno de las solemnidades y pótate como un caballero, aunque te duela.

—No estoy bien así, jefe? Mire usted que las botas son un martirio para mí.

—Conviene que te tomen por un millonario en viaje de recreo, para que no sospechen de ti. De modo que...

—Nada... Me sacrificaré.

—Y se te agradecerá... Bien sabes que no soy avaro para mis amigos... Yo iré a reunirme con vosotros en el próximo vapor, y nos veremos en Honolulu, en casa de Joe. ¿De acuerdo?

—All right, jefe—dijo “El Dandy”.

Y se hicieron sin demora los preparativos del viaje.

Mar en calma, pero presagio de tempestad en el barco.

En el transatlántico habían tomado pasaje, además de Jorge, “El Dandy” y su cómplice, cuya cara pregonaba a cien leguas a la redonda que era un bruto, confirmándose en él el adagio: “La mona aunque se vista de seda mona queda”.

Jorge no había escondido el encendedor

conteniendo la esmeralda, sino que lo llevaba en un bolsillo del chaleco y lo utilizaba como si fuese un encendedor cualquiera. De este modo era imposible que alguien pudiera sospechar que valiese lo que en realidad valía.

El leal empleado hallábase sentado en cubierta, leyendo una revista, cuando vino a sentarse a su lado una linda señorita.

Era ésta Angelita Martín, encantadora y locuela muchacha y última pasajera que saltó a bordo con tiempo justo para no quedar en tierra.

La tal Angelita saludó a Jorge como si ya le conociera, pero éste, contestando secamente al saludo de su vecina de silla, impidió que la conversación se animase, como parecía ser el deseo de ella.

Sin embargo, la pasajera no dejó en paz a Jorge, le obligó a mirarla una y diez veces más, ofriéole bombones, que él rehusó, y, de pronto, inclinándose hacia su silla, leyó la tarjeta pegada a la misma, acreditando que pertenecía a Jorge durante la travesía, y éste, a su vez, no pudo menos de leer la cartulina que indicaba el nombre de la pasajera:

Angelita Martín

Luego, Angelita, que era una bellísima angelita, dijo a Jorge:

—Ahora que “hemos sido” presentados, seasmos amigos.

Y le ofreció su mano.

Jorge, asombrado de la frescura de la desconocida, titubeó, pero como galantería obliga, no supo negarse a estrecharle la linda mano.

Desde aquel momento Angelita creyóse con derecho a no dejar en paz a Jorge, considerándole como a un antiguo amigo.

Risueña, le dijo, mirándole a los ojos, tal que si quisiera conquistarle:

—Como todo caballero de buen gusto, usted debe preferir las rubias, ¿verdad?

¿Qué decía aquella mujer? ¿Las rubias? ¡Lagarto! ¡Lagarto!

Y como si le hubiese picado una avispa, Jorge se levantó de su silla y alejóse de Angelita, cuyo pelo era como el oro.

No olvidaba las palabras del inspector general del trust joyero.

“¡Cuidado con las rubias!”, le había dicho; y lo tendría. Buena prueba de ello era su precipitada separación de Angelita, la rubia cuyas maneras se le antojaban extremadamente sospechosas.

Angelita sonrió al verle partir, y su sonrisa era muy enigmática...

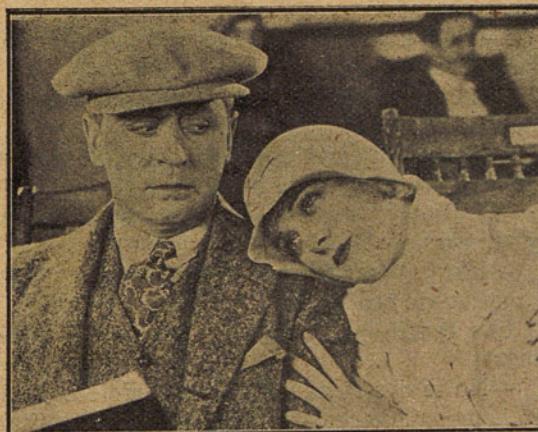
De pronto, vió cerca de ella al brazo derecho de Costigan, que paseaba por cubierta a caza de aventuras, y, al reconocerle, le llamó por su apodo.

—¡Hola, “Dandy”!

Este, forzando su memoria para recordarla, se acercó a ella y la saludó a lo cortesano, sin pronunciar palabra.

—¿Qué pasa? — inquirió Angelita, ante su mutismo. — Viajas con otro nombre?

Dibujando su mejor sonrisa—pues “El Dandy” tenía un extenso repertorio de ellas—, el granuja contestó:



—... usted debe preferir las rubias, ¿verdad?

—Perdone... Sin duda me confunde usted... Angelita se echó a reír escandalosamente, pero reprimiéndose al punto, explicó:

—Yo te conozco a ti, pero tú a mí, no. Siéntate a mi lado.

—Con sumo placer, señorita... y desearía saber...

—Seamos fracos, "Dandy"... Ambos estamos interesados en el "Makaroff", ¿no?

"El Dandy" se hizo el sueco, no conociendo a Angelita y temiendo que ésta le tendiese una celada.

—¿Se refiere usted a algún general ruso o a un pescado?

—¡Déjate de tonteras! "La rubia María" tiene buena vista.

—¿"La rubia María" había dicho? ¿Era ella, pues? ¡Bonita, a fe!

—¿Qué contestas?—insistió ella, no dejando de observarle y de sonreír.

"El Dandy" hizo un gesto de superioridad y repuso:

—Lista eres, pero me basta solo para apoderarme de esa piedra.

Ella le miró con desdén, y comentó, con firmeza:

—No te des tanta importancia. Este negocio lo hemos de hacer a medias, para no estorbarse uno a otro.

—Te digo que...

—¡Amos, hombre! Yo sé hacer bien las cosas... y si te niegas, es muy probable que no a tener ni la mitad...

—...uchos presumes...

—Porque se puede!

—Muy segura estás de tu triunfo...

—Ya ves que sí... ¡Ay! ¡Qué hermoso es este verde del Océano! El mar parece una esmeralda, ¿verdad?

—No me marees tú, ya que no lo ha conseguido aún el vaporcito.

—La esmeralda estará en mi poder antes de lo que tú puedes imaginarte.

—Mejor para ti...

—¿Y qué dirá tu amito?

—Bien enterada estás de todo, según veo...

—Las cosas se hacen bien... o no se hacen. Este es mi lema.

—Me place tu manera de hablar... Y me gustas tú.

—¡Qué honor para la familia, "Dandy"!

—Y me parece que...

—No vaciles, hombre... Acaba la frase... Y cuidado, que el incauto vuelve. Mírale.

En efecto, Jorge regresaba de su camarote, pero no se sentaría al lado de Angelita, si veía que ésta hablaba con un hombre, pues si se diera cuenta de esto, sus sospechas irían en aumento y ya no dudaría de que la pasajera era la propia "rubia María".

Puesto en el trance de decidir, "El Dandy" creyó que lo más prudente era concertar una alianza con la lista "rubia María", y dijo a ésta:

—¡Sea! Trabajaremos juntos. Entretenle mientras yo voy a registrar su camarote.

—¡Así me gustan los hombres, "Dandy", y

ya verás como no te arrepientes de confiar en mí!—exclamó, satisfecha, la bella pasajera.

“El Dandy” abandonó la silla de Jorge, y éste, dispuesto a no ocuparse lo más mínimo de su vecina, fué a sentarse a su lado sin decirle una palabra.



—Y me gustas tú.

Pero Angelita, asiéndolo por un brazo, le dijo, obligándole a levantarse:

—Le estaba esperando, señor Blake, para que fuéramos a divertirnos por ahí.

—Lo siento, señorita, pero yo...

—No sea usted desdénoso... ¿Va usted a negarse a ser amable con una mujer?

Y, quieras que no, Angelita se llevó a Jorge, para dar tiempo al “Dandy” de registrar a sus anchas el camarote del abnegado empleado de Netherland.

El cómplice del “Dandy” detuvo a éste cuando iba a entrar en el camarote de Jorge, y le dijo, malhumorado:

—He visto la lista de lo que ese niño ha depositado en la caja de valores del buque, y la joya no figura en la relación. Lo mejor será proceder enérgicamente para que suelte la piedra.

—Nada de violencias. Esconde esa hoja. No quiero sangre, ¿entiendes?, porque el rojo me ha dado siempre malos resultados. Yo voy a ver si la joya está en el camarote.

—Bien... Yo vigilaré el pasillo y si hubiera peligro silbaría.

—De acuerdo.

“El Dandy” penetró en el camarote de Jorge, lo revolvió todo nerviosamente, y la esmeralda no apareció.

—¿Dónde demonios la habrá escondido ese idiota? — se preguntaba, hecho un ciclón.

Siguió registrando mundos y maletas, y, finalmente, tuvo que convencerse de que la joya no estaba en el camarote.

Enfurecido, salió del mismo y fué al encuentro de Angelita.

Esta había logrado distraer a Jorge de sus

preocupaciones, y al ver al "Dandy" se contagió de su mal humor.

¡En el semblante del cómplice leía claramente que no había encontrado la esmeralda!

¿Es que iban a fracasar?

Un poco después, habiéndose librado Jorge de ella, Angelita y "El Dandy" pudieron hablar a solas.

—¿Qué?

—Nada, chica. La joya no aparece.

—Pues a mí me consta que la joya está a bordo.

—Si no me dices otra cosa...

—¡La encontraremos, cueste lo que cueste!

—El bobo ese debe llevarla encima y con tu belleza el apoderarte de ella te será más fácil que quitarle el caramelito a un bebé.

—¿Con mi belleza nada menos?

—Sí; porque eres muy bella, preciosa... y el viajecito sería encantador para mí si me quisieras un poco...

—¡Moderación amiguito! Amor e interés son incompatibles, "Dandy". Déjate de tonterías y no olvides que nuestra misión aquí no es otra que apoderarnos del valioso "Makaroff".

—Bien... Esperaré... y no dudo que amor e interés llegarán a un acuerdo...

—Ya veremos...

—Eso es una esperanza...

—Si lo entiendes así...

—Esta noche hay baile... Mejor ocasión que ésta...

—No temas...

Aquella noche hubo baile, según anunciara "El Dandy".

Jorge se hallaba en el salón pero no bailaba, y Angelita, con **sans façon** rayana en la frescura, se le aproximó y ciñéndose a él le dijo:

—¡Qué amable ha sido usted esperándome!

—Bailemos?

Jorge no pudo negarse, pero, por si acaso, vigilaba constantemente el bolsillo de su chaleco donde guardaba el encendedor.

"El Dandy" bailó luego con Angelita y le preguntó si había logrado su propósito de quitarle a Jorge de encima la esmeralda, y como ella respondiese negativamente, gruñó:

—¿Crees que le quitaremos fácilmente la esmeralda a menos de emplear la violencia?

—¡Los nervios son malos consejeros! Calma. No te apures. Cuando este barco llegue a Honolulu esa joya estará en mi poder. ¡Palabra!

—¿Qué plan es el tuyo?

—Déjame hacer a mí, y ya verás... Mira, lo que ahora conviene es que yo gane la confian-

za de ese bobo, a quien, lo sé de un modo inequívoco, gusto como mujer. Pues bien, es preciso darle celos y obligarle a persuadirse de que, a pesar de sus desdenes, le intereso un poco.

—No está mal pensado...

—Busquemos a Blake, que acaba de salir,



—Es que iban a fracasar?

como has visto, del salón de baile, y colocándonos, cuando le encontramos, a corta distancia suya, tú finges que pretendes seducirme, él vendrá a defenderme... y el resto es fácil de comprender.

—¡Chica, me sorprende tu **savoir faire!** Lista te creía, pero no hasta ese extremo...

—No te fíes de las apariencias...

—Es verdad. ¡Manos a la obra, pues!

Salieron a cubierta y viendo a Jorge en ella, solo, prepararon la comedia convenida.

“El Dandy”, después de decir a Angelita, con palabras, que quería que correspondiese a su volcánico amor, fracasando en su afán, recurrió a las amenazas para hacerla doblegar a su capricho.

Enojada, Angelita gritó, como una consumada actriz:

—¿Cómo se atreve “usted” a ofenderme?

—Yo la quiero, y ha de ser mía... mía o de nadie!

—¡Nunca! ¡Nunca!

—¡Mía! ¡Sólo mía!

Jorge oyó y vió la escena, y, como noble caballero, salió en defensa de la desvalida dama.

—¡Deje en paz a esta señorita, grosero! exclamó, retando al “Dandy”.

—¿Quién le ha dado a usted vela en este entierro?—contestó en tono desabrido el sinsvergüenza.

—No admito discutir con quien tan desconsideradamente trata a una indefensa mujer. ¡Retírese!

—¿Es usted pariente de esta dama?

—Soy... lo que soy, y a usted no le importa. Desaparezca usted pronto de mi vista, o le

hablaré de otro modo.

—No hay para tanto, señor mío. Al fin y al cabo, no es más que una mujer... y hay tantas mujeres a bordo...

—¡Miserable!

—Serénesee... Soy enemigo de la nerviosidad... Vaya, ahí quedan ustedes solos... si eso era lo que se propusieron...

—¡No sé cómo me contego!

—Dispensen si les he molestado.

Y sonriendo cínicamente el comediante se alejó.

A solas con Jorge, Angelita le demostró su reconocimiento.

—Muchas gracias, caballero, por haberme librado de tan desagradable situación.

Siempre modesto, Jorge contestóle:

—Era lo menos que podía hacer un hombre por una dama indefensa.

—¿Quiere usted acompañarme a mi camarote?

—Estoy a sus órdenes, señorita.

Al poco entraba Angelita en su camarote, quedando Jorge en la puerta; y la adorable rubia sorprendióse sobremanera al encontrar en el mismo a una mujer de turbadora belleza y de pelo endrino.

—¿Qué hace usted en mi camarote?—exclamó, comprendiendo que se trataba de una ladrona profesional.

Jorge no volvía de su asombro al reconocer

en la mujer morena a la viajera que, el día anterior, le había sonreído de un modo desconcertante, como si le interesara tratar conocimiento con él...

La ladrona, pues lo era, contestó a Angelita:

—Me equivoqué... No sabía que éste fuese el suyo...

—Sí, ¿eh? No es la primera vez que la veo, y acabo de convencerme de que es usted una de las ladronas más hábiles que trabajan en los barcos, pero esta vez le ha salido el tiro por la culata.

Llamó al capitán y al presentarse éste, Angelita denunció a la ladrona.

Pero la profesional del robo negó ser lo que Angelita afirmaba y ésta, para hacer valer su acusación mostró al capitán un carnet que decía así:

**Asociación Protectora de Joyeros
Detective Particular**

Al partidor de esta tarjeta se le deben toda clase de atenciones y ayuda, cual si fuera un agente de autoridad legal.

Y la ladrona fué detenida para ser entregada a las autoridades del puerto más próximo, que era Honolulu.

“El Dandy” había espiado la anterior escena desde la parte exterior de un ventanillo y se preguntaba qué significaba aquel carnet

que tanta fuerza tuvo para que aquella mujer fuese detenida sin admitir sus disculpas.

Jorge estaba asimismo asombrado y Angelita, mostrándole la tarjeta de identidad, le dijo:

—Esta circunstancia le permite a usted saber quién soy en realidad.

Jorge se enteró de la tarjeta y exclamó, recordando sus recelos:

—¡Usted una detective!

—Ya lo ha leído usted...

—Ingenuamente le confieso que desde la primera vez que la vi la consideré a usted otra cosa... y le pido mil perdones...

—Le he perdonado desde que le conozco, señor Blake...

Marchóse Jorge lleno de ilusión al pensar que no tenía por qué temer a aquella adorable... y adorada rubia, y a poco presentóse "El Dandy" en el camarote de Angelita.

Poniéndose en guardia, preguntóle:

—¿Cómo has podido mandar detener a esa mujer acusándola de ladrona profesional, a pesar de insistir en que estaba aquí por equivocación?

Sin inmutarse, ella repuso:

—Muy sencillo: ésa vino por mis cosas, y a la oficialidad de a bordo le bastó leer este carnet para dar crédito a mi acusación.

"El Dandy" leyó la credencial de detective e inquirió, perplejo:

—¿De dónde lo sacaste?

—¡Suerte que tiene una! Ha sido mi salvaguardia en casos apurados.

—Cada vez estoy más maravillado de ti... y te quiero más, "rubia María".

—Te prohíbo que me hables de amor.

—Perdona, pero fué un grito de mi corazón... Me resigno a que no compartas mis ansias, pero no olvides que hemos hecho un pacto para apoderarnos a medias de la esmeralda.

—Palabra es palabra.

—Así lo espero.

* * *

Cierta noche, cuando el barco se hallaba a proximidad de Honolulu, Angelita y Jorge tejían el más venturoso de los idilios, amándose, al parecer, apasionadamente.

Angelita no pudo menos de decir a su "amado":

—¿Por qué, habiéndole recomendado con tanto interés, antes de embarcarse, que no se fiase de las rubias, ha llegado usted a quererme tanto?

—Misterios del corazón, amor mío... Hubiese perdido el mayor de los tesoros de obser-

var exageradamente el consejo. Y mira si te amo que he de hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Quieres que nos case el capitán antes de desembarcar?

—¡Oh! No debemos precipitarnos tanto. Si, una vez en Honolulu, tienes el mismo pensamiento, accederé a ser tu esposa.

—¡Serás mi mujer, no lo dudes, porque mi fe es inquebrantable!

“El Dandy” acechaba, y cuando vió a solas a Angelita, dijole:

—Dame la esmeralda...

—¡No corras tanto! Todavía no está en mi poder.

—¿Es posible que seas tan torpe para que después de tener una hora entre tus brazos a ese idiota no hayas logrado quitarle la joya?

—Hay tiempo aún...

—¡Esa piedra ha de estar en nuestro poder antes de desembarcar, aunque a él lo tengamos que tirar al agua!

—¡Yo me encargo de ello, y estoy segura de mi triunfo!

Y aquella noche, Angelita invitó a Jorge a ir a verla a su camarote, y le invitó a beber una copa de champaña... en el que había vertido un narcótico.

Segundos después, el incauto se desplomaba al suelo, vencido por el sueño, y enton-

ces Angelita se apoderó de la joya, sacándola de la pared hueca del encendedor.

Al nuevo día el barco había fondeado ya en Honolulu, cuando Jorge se despertó en el camarote de Angelita.

—Dónde estaba?

Recordó... recordó... y, de súbito, buscó el encendedor... pero no encontró en él la esmeralda.



... Angelita se apoderó de la joya...

¡Ah! ¡La pérvida rubia se la había robado! ¡Había sido un necio!

Y el consejo del inspector general del trust de los joyeros martilleó en su cerebro: “¡Cuidado con las rubias!” “¡Cuidado con las rubias!”

Y le pareció que se moría de desesperación.

* * *

Desembarcó en Honolulu, y después de una semana de frenético errar, avergonzado y temeroso de comunicarse con su Firma, Jorge vió al “Dandy”.

¡Ah! ¡El bandido! Sospechó que era el cómplice de la ladrona.

Le siguió y le vió entrar en una posada, donde se hallaba, en efecto, la “rubia María”.

Sin poder contenerse, trató de dar alcance a los dos, pero los bribones huyeron antes de que él cayera sobre ellos, y fueron a refugiarse en casa de Joe.

Jorge no se arredró, siguióles hasta allí, y entró en el garito, que era una tienda abierta

al público, sin ser advertido. Se ocultó en un rincón y esperó.

Costigan había llegado a Honolulu aquella mañana y se hallaba en casa de Joe.

Al ver a Angelita, de cuyo pacto con “El Dandy” estaba enterado por éste, con el que se había entrevistado antes, le pidió la esmeralda, para que Joe, un marrullero de la peor especie, la tasara.

Pero Joe, aleccionado por Costigan, hizo desaparecer la joya, haciéndola caer, por un agujero, a manos de un esclavo escondido debajo de la mesa.

Angelita protestó contra tal desaparición, y Jorge, que había visto el juego, dejóse llevar de su anhelo de recuperar a costa de su vida la joya, y lanzóse desde su escondite sobre el esclavo que la recogiera debajo de la mesa.

Pero los bribones acorralaron a Jorge, y mal lo hubieran pasado éste y Angelita si la policía no acudiese en su auxilio en tan críticos momentos.

Y toda la banda fué detenida.

* * *

Al día siguiente, en la Jefatura de Policía, Jorge recibió la mayor sorpresa de su vida, viendo que no juzgaban a Angelita.

Para calmar su ansiedad, la rubia adorable dijo algo a un inspector de policía y éste hizo aparecer ante Jorge y los demás detenidos a la mujer morena detenida en el barco por haber sido sorprendida en el camarote de Angelita.

—¡Quítate ya esa peluca! —ordenó el inspector a la morena.

Esta obedeció a regañadientes y todos vieron, en el paroxismo del asombro, que aquella mujer no era morena, sino rubia.

Y añadió el inspector, dirigiéndose a Jorge:

—¡Esa es la auténtica "rubia María", para que se fie usted de las morenas!

Entonces, ¿quién era Angelita?

Jorge estaba confuso, abrumado...

Apiadado de él, Angelita le dijo:

—Ya te revelé una vez mi personalidad. Soy agente particular de la Asociación Protectora de Joyeros.

—Pero...

—Tuve que hacer todo lo que tú sabes para protegerte a ti y apoderarme de la banda de ladrones de joyas.



... hizo desaparecer la joya...

—¿Y si la policía no hubiese llegado a tiempo y nos hubieran robado la esmeralda? —se aventuró a preguntar Jorge.

—Todo lo tuve en cuenta, y por ello mandé a su destino, apenas llegada aquí, la piedra buena, quedándome una imitación.

Costigan y "El Dandy" maldecían para sus adentros a Angelita, pero ésta sonreía al pensar que Jorge la bendecía de todo corazón.

Los novios quedaron solos, y entonces, muy rendida, Angelita dijo a Jorge:

—Se ha recibido de tu jefe un cablegrama para los dos. Léelo.

Y Jorge leyó:

Buen trabajo. Sherlock Holmes en mantillas. Felicitaciones para ambos. No se apresuren a regresar. Honolulu es un sitio ideal para la luna de miel.

John Netherland.

Y ni que decir tiene que Angelita y Jorge se quedaron en Honolulu.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

EB.